

1563
Discurso pronunciado por George S. Messersmith, Embajador de los Estados Unidos en México, ante la Escuela Nacional de Economía el 8 de abril de 1943. Es uno de los seis discursos de la serie sobre las "Economías Nacionales de las Américas", el primero de los cuales fué pronunciado por el Lic. Ezequiel Padilla, Secretario de Relaciones Exteriores de México.

TEMA: "Repercusiones de la Guerra en la Industria y la Economía de los Estados Unidos."

He escogido para mi tema de esta noche una breve discusión de las repercusiones de la guerra en la industria y en la economía de los Estados Unidos. Antes de examinar las repercusiones de carácter industrial y económico de la guerra, deseo decir algunas palabras acerca de una importante repercusión política estrechamente relacionada con el tema.

En el terreno político, la principal repercusión de la guerra ha consistido en suscitar en el pueblo de los Estados Unidos la conciencia de que su porvenir, igual que el de las Américas y el mundo entero, no será determinado por la sola decisión militar, sino que la victoria será tan sólo el principio de la oportunidad para la organización de una paz duradera. Reconocemos en los Estados Unidos que la guerra ha traído consigo responsabilidades que se prolongarán en la organización de la paz y por un período de muchos años. No fué cosa fácil para el pueblo de los Estados Unidos llegar a la determinación de entrar en la guerra. Desde el principio mismo de la apertura de las hostilidades en Europa, una gran parte de nuestro pueblo comprendió la inevitabilidad de nuestra entrada en la lucha; pero nuestra adhesión a la paz es tan grande, y tan fuertes fueron algunas de las desilusiones resultantes de nuestra participación en la guerra anterior, que fué necesario el incalificable e injustificable ataque

del Japón

del Japón para provocar la efectiva declaración de guerra al Eje. Una vez tomada esta decisión, que precipitaron los acontecimientos de Pearl Harbor, el pueblo de mi país comprendió que la misma implicaba no sólo la dedicación de toda nuestra energía y de todos nuestros recursos a ganar la guerra, sino también el reconocimiento de que, una vez alcanzada la victoria, por largo tiempo pesarían sobre nuestros hombros responsabilidades todavía mayores al colaborar con las demás Naciones Unidas para obtener la seguridad de que los sacrificios de la guerra no habrían sido vanos, y que ciertos principios de decencia y orden en los terrenos político, económico y social, quedarían establecidos con mayor firmeza que nunca.

Ya antes de estallar la guerra en Europa, la política del Buen Vecino en el hemisferio occidental había dejado de ser la política de un grupo de individuos o de una sola administración, y convirtiéndose en cosa propia del pueblo de los Estados Unidos. Una de las repercusiones de la guerra ha sido demostrar al pueblo de mi país, así como a los de las demás repúblicas americanas, la necesidad imperativa de que la política del Buen Vecino exista no sólo entre los países de este continente, sino entre la familia entera de las naciones. El ejemplo que dan hoy las repúblicas americanas al consolidar la política del Buen Vecino, constituirá una influencia utilísima en los arreglos de la postguerra.

A este respecto creo que debiera hacerse notar francamente que existen espíritus tímidos y suspicaces que creen que algunas de las naciones que luchan actualmente por la preservación y el restablecimiento de los principios democráticos en el mundo entero, y por la soberanía de los estados, pueden llegar a ser tan fuertes por medio de los armamentos que construyen para el logro de la victoria contra los agresores que luchan

por

por destruirnos, que ese poder, ya sea militar, económico o de las dos clases, será usado insensatamente y contra los intereses de los estados pequeños. Si bien es cierto que las Democracias están luchando también por su existencia, no lo es menos que luchan por esa existencia porque creen que su modo de vida es mejor que aquél que el agresor quiere imponerles. Por poca confianza que tengan algunos en la sabiduría de gobiernos y pueblos, ¿puede haber una persona cuerda y sana que crea que el poderío militar y económico que están desarrollando las Democracias a fin de ganar la guerra para asegurar su existencia y el mantenimiento de ciertos principios de igualdad y soberanía, será usado, después de alcanzada la victoria, contra los estados más débiles? Semejante pensamiento es indigno, salvo en aquellos que en el fondo de su corazón sienten que ellos utilizarían tal poder de esa manera. Expulsemos de nuestro pensamiento tales sospechas, y pongamos en su propia categoría a quienes, en estos tiempos difíciles, tratan de suscitar sospechas semejantes con respecto a los motivos de los pueblos que están haciendo actualmente todos los sacrificios imaginables por su porvenir y por el de los demás.

En resumen, creo que puede afirmarse correctamente que, en el terreno político, la principal repercusión de la guerra ha encontrado su expresión más definida en el reconocimiento creciente del pueblo de los Estados Unidos del hecho de que nuestras responsabilidades no acabarán con la victoria, sino que por un largo período de tiempo deberá existir la colaboración más completa con las repúblicas hermanas de las Américas y con las Naciones Unidas para la organización y la realización de la paz.

En los terrenos industrial y económico, las repercusiones de la guerra en los Estados Unidos han sido tan amplias y profundas en sus consecuencias, y de tal significación para el presente y para el futuro, que cualquier cosa que pueda yo decir esta noche sólo dará a ustedes una idea muy imperfecta. A fin de apreciar estas repercusiones que se han hecho sentir ya en nuestra industria y nuestra economía, hay que pasar algún tiempo en el país, y no sólo en nuestras ciudades, sino en nuestros campos.

Durante muchísimos años habíamos concentrado nuestras energías en los Estados Unidos en el desarrollo de nuestros recursos naturales y de nuestra industria, y en la organización de los mismos para hacer frente a nuestras necesidades nacionales. Tuvimos la buena fortuna de que nuestra población fuera acrecida por la inmigración de muchos países. Tuvimos la buena fortuna de tener a nuestra disposición, para nuestro desenvolvimiento, enormes recursos naturales y un vasto territorio. Acogimos no sólo a la inmigración de otros países, sino capital extranjero, técnicos extranjeros y expertos extranjeros que tan importante papel tuvieron en nuestro desarrollo y sin los cuales éste no habría sido posible. Era inevitable en un país con los recursos de los Estados Unidos y con la iniciativa de su pueblo, que se produjeran demasías de artículos industriales y agrícolas para las cuales hubo que buscar salida en los mercados del mundo. El principio de esta gran guerra en 1939 encontró a los Estados Unidos convertidos en uno de los países industriales y agrícolas más altamente desarrollados del mundo entero, con laboratorios de investigación en los terrenos de la industria, la ciencia, la agricultura y la salubridad pública, cuyo objetivo era el mejoramiento de los métodos industriales y

agrícolas

agrícolas para producir mayor número de artículos mejores y más baratos, y para alcanzar un nivel general de vida más elevado. En este desenvolvimiento que tan grandes proporciones había alcanzado, la iniciativa privada constituyó un factor esencial, y no es mucho decir que esa iniciativa y las adecuadas compensaciones derivadas de ella hicieron posibles el grado de desenvolvimiento económico y el nivel de vida que el país había alcanzado.

La iniciativa privada debe ser mantenida en los Estados Unidos, como debe serlo en la estructura económica y social de cualquier pueblo libre y emprendedor, pues la historia de todos los pueblos ha probado absolutamente, a pesar de experimentos ocasionales, que es la base de todo desarrollo cabal. La iniciativa individual y privada es algo que el pueblo de los Estados Unidos está resuelto a conservar; pero una de las anomalías de la guerra consiste en que una de sus más importantes repercusiones sobre un pueblo dedicado con tanta constancia a la iniciativa privada, ha venido a limitarla y restringirla por la duración del conflicto. Sin embargo, estamos resueltos en mi país a hacer que esta base fundamental de nuestra estructura social y política que es la iniciativa individual y privada, sea restaurada en una medida tan amplia como lo permita el bien común.

Nuestros jóvenes, hombres y mujeres, con sus ambiciones de hacer carrera, ya sea en la granja, en la fábrica, en el laboratorio, en una profesión o en los negocios, se encuentran en la necesidad de renunciar actualmente a sus planes para el futuro y de ponerse el uniforme de las fuerzas armadas, o bien de trabajar en la fábrica o en la granja en cualquier

capacidad

✓ capacidad que demanden las exigencias de la guerra. De sobre 130 millones de habitantes, más de seis millones de jóvenes visten ya el uniforme y antes de que termine este año esa cifra pasará seguramente de 9 millones. Están siendo preparados en campos especiales en su patria, o bien se encuentran ya en distantes partes del mundo disponiéndose a tomar una participación activa en el conflicto, o participando ya activamente en él en el frente de batalla del mundo. Estos jóvenes se han incorporado ya en el aire, en el mar, en la tierra, y bajo el agua, casi en todas partes del mundo, a las fuerzas de las Naciones Unidas empeñadas en el conflicto.

Nuestras mujeres se han puesto el uniforme del Ejército y la Armada, e igualmente han tomado a su cargo tareas en el gobierno y en los negocios para que los hombres puedan incorporarse a las fuerzas combatientes. En nuestras fábricas, de manera creciente, las mujeres ocupan el sitio de los hombres y han demostrado una capacidad extraordinaria para las funciones técnicas de la industria. En muchas de nuestras plantas de guerra el número de mujeres empleadas en las máquinas y en las líneas de montaje es tan grande como el de los hombres, y algunas veces mayor.

Una gran transformación se ha efectuado en nuestros colegios y universidades, que contaban a sus estudiantes por centenas de millares. En algunos respectos, los cursos ordinarios de estudio continúan; pero por primera vez en la historia de los Estados Unidos una guerra ha modificado fundamentalmente la estructura y la vida de universidades y oolegios. La asistencia ha decrecido enormemente en número, y los cursos han sido modificados a un grado muy considerable para acomodarse a quienes los siguen con el fin de obtener

una

una utilidad inmediata de ellos en el conflicto, o bien a efecto de prepararlos para los problemas del período de la postguerra, que podemos ya prever.

La cuestión de los contingentes de combate ha llegado a ser una de las más difíciles de resolver, pues a pesar de las formidables reservas de nuestra población, el esfuerzo de la producción se desarrolla en una escala tan vasta, que el Congreso estudia actualmente una legislación a fin de quintar a casi todos los hombres y mujeres entre ciertas edades para el servicio obligatorio en aquellos terrenos que el gobierno pueda creer necesarios durante el término de la guerra.

En el terreno de la agricultura, en el que en general las ganancias del trabajador han sido más bajas en términos de salarios reales que en la industria, la situación creada por la necesidad de elemento humano en el Ejército y en la guerra, ha tenido serios efectos. Ha habido una especie de transfusión de la mano de obra agrícola a las industrias de guerra y a las fuerzas armadas. En relación con esto habrá que tener presente que si bien la producción bélica debe seguir adelante en una escala gigantesca, las necesidades mínimas de la población civil deben ser satisfechas de todas maneras. Además, para los Estados Unidos no se trata sólo de alimentar a 130 millones de ciudadanos y de mantener fuerzas armadas en varias partes del mundo, sino también de contribuir a la alimentación de las poblaciones de las demás Naciones Unidas que nos ayudan a llevar el fardo de la guerra y que se han visto incomunicadas de sus antiguas fuentes de abastecimiento. El problema de la agricultura en los Estados Unidos es particularmente serio, no sólo a causa de la situación relativa al contingente de

combate,

combate, sino debido a la circunstancia de que la provisión de implementos agrícolas ha disminuído excesivamente en vista de la importancia esencial del hierro y del acero para la producción bélica.

En relación con este punto particular, no podría abstenerme de mencionar la utilísima contribución de México para la solución de nuestro problema agrícola por medio del convenio -- que considero mutuamente ventajoso -- suscrito por nuestros dos países para el reclutamiento de cierto número de trabajadores agrícolas mexicanos que ayuden en nuestras granjas y en nuestras huertas. Al entrar en este convenio, el gobierno de México ha dado pruebas de reconocer claramente nuestros problemas comunes, y en este respecto, como en muchos otros, está ayudando a la continuación de programas esenciales para el esfuerzo bélico común.

Con motivo de los víveres americanos que se envían en la actualidad a muchos alejados puntos del globo, el problema de los embarques se ha acrecentado y ha llevado al logro de formidables adelantos en la deshidratación y la preparación de víveres en forma concentrada para economizar espacio en los transportes. La historia de estos víveres concentrados es en sí toda una epopeya, y el progreso alcanzado en esta ciencia técnica afectará indudablemente muchos de los aspectos de nuestro problema alimenticio después de la guerra, incluyendo nuestro sistema de distribución de víveres. La gran demanda de víveres ha dado por resultado el amplio racionamiento de muchos productos alimenticios en los Estados Unidos, y la mesa de cada familia ha sufrido ya un cambio considerable en la cantidad así como en la variedad de alimentos que pueden servirse, en la inteligencia de que todavía sobrevendrán cambios mayores.

En el

En el terreno de la industria, es extremadamente difícil para quien no vea por sí mismo lo que está haciéndose efectivamente y aun para aquellos que lo ven, comprender la enormidad del esfuerzo industrial. En términos conservadores podría decirse que dos terceras partes de la producción de los Estados Unidos pasan en la actualidad al esfuerzo bélico en una forma u otra. Aunque nuestra capacidad fabril ha sido enormemente aumentada y se han construido gigantescos establecimientos nuevos dedicados de modo exclusivo a la producción bélica, debe reconocerse que la mayoría de los establecimientos industriales que existían con anterioridad están igualmente dedicados a la producción de artículos de guerra. La fabricación de los artículos ordinarios de consumo ha sido reducida a un *minimum*. Muchos productos, tales como automóviles, refrigeradoras, radios y otros similares, que se consideraban parte esencial del equipo de todo hogar en los Estados Unidos, han dejado de ser manufacturados, y en muchos casos la existencia se ha agotado ya.

Sin embargo, el volumen físico de la producción industrial, que en diciembre de 1941 llegó al 168 por ciento del promedio 1935-1939, un año después había avanzado hasta el 196 por ciento, o sea casi el doble de la producción de los años inmediatamente anteriores al desencadenamiento de la guerra en Europa. Además, aunque el racionamiento de los artículos escasos ha tenido ya efectos de gran alcance en la vida cotidiana, y aunque el aumento de la producción total y el de los salarios se han traducido en una aplicación del poder adquisitivo para un sector importante de la población, observé mientras estaba yo en mi país que nuestro pueblo no se preocupaba por el racionamiento en sí, que

considera

considera inevitable, sino únicamente por el problema de adaptarse y adaptar a él su vida cotidiana. El severo racionamiento del petróleo, necesario para los enormes embarques de combustible a los frentes de batalla, infligió una penalidad particularmente dura a la población, porque el invierno pasado fué uno de los más fríos que se hayan registrado en muchos años.

Podría indicarse aquí que el racionamiento, lo mismo que otras reglamentaciones de tiempo de guerra, afecta por igual a todos los sectores de la población. Los ricos no disfrutaban de ventaja alguna sobre los pobres en este respecto. Muchos directores industriales y altos funcionarios del gobierno van a pie a su trabajo, o toman autobuses y tranvías. En mi reciente viaje me dí cuenta de que muchos de esos hombres, que antes vivían en cómodas fincas cercanas a las ciudades donde trabajaban, habitan ahora en pequeños apartamentos de dos o tres piezas en la ciudad, habiéndose visto obligados a cerrar sus casas debida a la falta de transportes, calefacción o servidumbre.

En un lapso de tiempo increíblemente corto, la industria de los Estados Unidos ha sido colocada sobre una base bélica absoluta. Se ha llamado a los Estados Unidos el Arsenal de las Democracias. Estas palabras son significativas en sí mismas, pero es difícil abarcar todo su significado. Completamente aparte de la necesidad en que se encuentra la industria de los Estados Unidos de proporcionar todos los variados tipos de equipo necesarios para los enormes ejércitos y armada en constante desarrollo, existe la necesidad de producir todos los implementos bélicos que requieren nuestros aliados, y de tener barcos en que transportarlos. Algunos de nuestros aliados carecen de una capacidad industrial adecuada;

otros

otros han visto mermada o destruida su capacidad de producción. El desenvolvimiento de la producción de materiales bélicos en los Estados Unidos es una epopeya fuera del alcance de mis poderes de expresión y de las limitaciones de esta conferencia.

Sólo en el terreno de la aviación, los Estados Unidos se han convertido en el principal proveedor de aviones para las vastas líneas de batalla en mar y tierra, y la producción de aviones ha sobrepasado toda expectación y está llegando rápidamente a un máximo que se confía será uno de los factores determinantes de la victoria. No puedo hacer mención detallada alguna del enorme alcance de la producción de aviones de todos los tipos. Sin embargo, en la prensa pueden leerse a diario los resultados de esa producción en forma de comunicados de guerra de todos los frentes. La producción de tanques ligeros y pesados, cañones antiaéreos y cañones ligeros de todos los tipos, progresa a una velocidad satisfactoria y creciente.

El enorme programa de producción de los Estados Unidos se ha traducido en asombrosos cambios de nuestra estructura industrial. El énfasis con que la guerra ha acentuado la producción uniforme en masa, ha provocado la clausura de un número considerable de pequeñas plantas industriales incapacitadas para una conversión efectiva a la producción bélica, e incapaces de obtener las materias primas necesarias. Este cambio es particularmente significativo vista la circunstancia de que una de las fuerzas de nuestro sistema industrial ha sido el número extraordinariamente grande de pequeñas fábricas que competían entre sí y con plantas mayores. No sólo los propietarios de esas fábricas se ven privados de todo ingreso a través de ellas, sino que los trabajadores

que

que utilizaban se han visto obligados a buscar empleo en el gran establecimiento industrial más próximo, que puede estar a treinta millas de distancia en vez de estar en la puerta de al lado. El corolario de este importante cambio sufrido por nuestra estructura industrial ha sido una trascendental dislocación de la vida de la familia y la comunidad que exige grandes sacrificios físicos y sociales. He sido testigo de la forma en que nuestro pueblo acepta estos sacrificios, al igual de tantos otros, como parte inevitable y necesaria de la guerra.

Uno de los más serios problemas de la guerra es el que se refiere a los transportes, pues el submarino sigue siendo el instrumento más eficaz del enemigo. Durante el año de 1942, nuestras facilidades de astilleros, formidablemente aumentadas, lograron producir el máximo de 8 millones de toneladas de transportes mercantes que se había fijado como meta. En 1943 se espera construir un mínimo de 17 a 18 millones de toneladas de barcos mercantes. Esta construcción es completamente aparte de la de barcos de guerra de todos los tipos, y bastará decir aquí que la producción de barcos de guerra sigue adelante a un ritmo más que satisfactorio y hasta el grado de confiarse en que para 1945 los Estados Unidos contarán con una armada en los cinco océanos en vez de en uno solo.

Por razones obvias, no me extenderé sobre la construcción de barcos; pero es un hecho que no puede escapar a la atención de todas las personas observadoras que los Estados Unidos están reemplazando y más que reemplazando sus pérdidas de transportes mercantes, y que aumentan de un modo formidable el poder de combate de sus fuerzas navales, en tanto que en

este

este aspecto nuestros enemigos sólo pueden reemplazar sus pérdidas a un grado limitado. Este es uno de los factores decisivos en la guerra de Europa como en la del Extremo Oriente, y ésta es la razón por la cual se han concentrado tantas energías en la construcción de barcos mercantes y de guerra.

A pesar de tan formidable producción de barcos mercantes, la cuestión de los transportes sigue siendo una de las más difíciles, no sólo a causa de las pérdidas en el mar, sino debido a la necesidad creciente de medios de transporte. Los Estados Unidos tienen que hacer frente no sólo al problema de levantar grandes ejércitos y de producir materiales, sino también al de transportarlos a las vastas y alejadas zonas de batalla. No es sólo cosa de transportar grandes contingentes de hombres, sino también el complejísimo material continuamente necesario para el mantenimiento y equipo de los hombres que se encuentran en los frentes de lucha. Este problema en particular, que es vital y uno de los principales de la guerra, está siendo resuelto por medio de una producción constantemente ampliada y satisfactoria.

Entretanto, tenemos en las Américas un problema de transportes particularmente difícil, que es una de las consecuencias inevitables de la guerra, y así como la vida económica de los Estados Unidos se ve tan fundamentalmente desorganizada por el esfuerzo bélico, de igual modo, a consecuencia de la falta de transportes, la vida económica de algunos de nuestros aliados y amigos de este hemisferio se encuentra dislocada. Hasta donde es posible, todos los servicios esenciales de transporte continúan en marcha. Es preciso usar barcos en los casos en que son más necesarios para el esfuerzo bélico efectivo, y ninguno de nosotros en país alguno, y ciertamente no en las Américas, sería hoy

tan

tan egoísta que no comprendiera que los propósitos primordiales para los que debe usarse de los transportes en estos tiempos, son aquellos que se refieren a la prosecución de la guerra.

En lo que hace a los transportes interiores del país, han tenido lugar grandes cambios. Nuestro sistema ferroviario altamente desarrollado, que había caído en una situación difícil a resultas sobre todo de la competencia de las carreteras, ha demostrado ser de enorme beneficio en el esfuerzo bélico. A pesar de la competencia de las carreteras y del desfavorable sistema legislativo y fiscal a que se encontraban sujetos en el período de la preguerra, los ferrocarriles mantuvieron su equipo y su eficiencia a un nivel muy alto por medio de una administración cuidadosa. En la actualidad, los ferrocarriles de los Estados Unidos transportan un volumen enorme de pasajeros y de carga, y esos ferrocarriles, que tantas críticas sufrieron de varias fuentes, resuelven hoy uno de nuestros mayores problemas de transporte interior, porque su eficiente administración conservó el equipo en forma, de modo que es probable ahora que durante el término de la guerra -- a pesar del tránsito duplicado y aun triplicado -- necesitarán relativamente poca cosa en forma de equipo nuevo o de repuesto, en comparación con las necesidades que tendrían si sus administradores hubieran sido remisos. En si, este factor es de enorme utilidad para el problema del hierro y el acero, sujetos a una demanda tan enorme por el esfuerzo bélico. Los ferrocarriles, que tanto sufrieron de la competencia de los transportes por carretera, realizan un servicio enorme para el país ahora que los transportes por carretera han tenido que ser reducidos a causa de la escasez de caucho.

En lo

En lo que se refiere al transporte por carreteras en los Estados Unidos, la circulación de vehículos automóviles está restringida casi enteramente al tránsito que se considera esencial en absoluto. La circulación de automóviles particulares para otros fines que no sean los más necesarios para la conducción de las actividades esenciales del pueblo, ha sido limitada. Muchos automóviles particulares han sido almacenados por el término de la guerra, y las restricciones al empleo de coches particulares son tales que su uso por placer o para otro propósito inesencial está limitado en la nación entera a un grado que hace pocos meses habríamos considerado inconcebible.

El racionamiento de la gasolina y la restricción del tránsito de automóviles para fines no esenciales sirven al doble propósito de ahorrar gasolina y lubricantes y de conservar una valiosa provisión de caucho. La urgente necesidad de conservar el caucho es obvia, y, a la vez, la fuerte exportación de gasolina y lubricantes a los frentes de batalla, junto con la escasez de transportes de combustible de las zonas de producción a las costas de embarque, ha demostrado también la prudencia de estas medidas.

Voy a referirme ahora brevemente a ciertas repercusiones financieras de la guerra que tienen sus consecuencias, tanto inmediatas como ulteriores. Ante todo, unas cuantas palabras con relación a la carga de la deuda. El financiamiento de este vasto esfuerzo de producción bélica se ha reflejado naturalmente en un aumento sin precedentes de la deuda nacional. La deuda directa total del gobierno de los Estados Unidos, que había crecido gradualmente de 40,400 millones de dólares en junio de 1939, a 55,000 millones de dólares en noviembre 30 de 1941 --- una semana antes de nuestra entrada en la guerra---

se duplicó

se duplicó casi en los trece meses siguientes, y para el 31 de diciembre de 1942 ascendía a 108,000 millones de dólares. Los cálculos del Ministerio del Tesoro indican que para junio de este año la deuda habrá aumentado a 135,000 millones de dólares, y a 210,000 para junio de 1944, o sea cinco veces la cifra de 1939. La extensión de esta conferencia no me permite hacer observación o comentario alguno sobre la estructura de la deuda. Como es natural, la abrumadora mayoría de nuestro pueblo ha sentido agudamente el impacto del conflicto a través de un severo aumento de las contribuciones recaudadas para cubrir el vertiginoso costo del financiamiento de la guerra, con el objetivo complementario de contener tendencias inflacionistas. La Ley de Ingresos de 1941 aumentó los impuestos sobre ingresos incorporados y ganancias excesivas; los impuestos sobre herencias, donaciones y consumos, así como las cuotas adicionales al impuesto sobre la renta personal, a la vez que reducía substancialmente la exención del impuesto sobre esta renta. El efecto de esta ley no se reflejó por entero en las recaudaciones del año fiscal de 1942 debido a rezagos legalmente autorizados en los cobros. Sin embargo, las recaudaciones del gobierno, cuyos totales sumaron entre cinco y seis mil millones de dólares en cada uno de los años fiscales de 1938, 1939 y 1940, pasando de 7,000 millones el año fiscal de 1941, ascendieron a 13,000 millones en el año fiscal que terminó el 30 de junio de 1942. Los impuestos sobre la renta y las ganancias excesivas, que produjeron el 42 por ciento de las recaudaciones totales de 1941, en el año fiscal de 1942 proporcionaron el 58 por ciento ya que las cuotas más altas de la Ley de Ingresos de 1941 absorbieron profundamente el creciente ingreso del país.

En octubre de 1942 fué aprobada una nueva Ley de Ingresos. Se calcula que los nuevo impuestos estipulados en esta ley

producirán

producirán un ingreso adicional de 7,000 millones de dólares al año, cerca de tres cuartas partes del cual procederán del impuesto sobre la renta individual. Como detalle significativo de la política tributaria, debe observarse que, además del aumento asignado a las cuotas normales y adicionales, la nueva ley redujo todavía más la exención personal concedida a los cabezas de familia, que en 1939 era de 2,500 dólares y en 1941 de 1,500, fijándola en 1,200. La exención para un sola persona, que en 1939 era de mil dólares y en 1941 de 750, fué reducida a 500. Las exenciones para personas dependientes de los jefes de familia, fueron reducidas a 350 dólares por cabeza. Reduciendo de este modo las exenciones, se calcula que en 1943 habrá 32 millones de declaraciones de contribuyentes, o sea 7 millones más que en 1942, y que de esos 32 millones, 27 estarán sujetos a impuesto. Igualmente, la Ley de 1942 aumentó el impuesto sobre ingresos incorporados y otros gravámenes, y fijó un Impuesto de la Victoria de cinco por ciento sobre los ingresos brutos mayores de 624 dólares, que pagarán unos 40 millones de contribuyentes, según se calcula.

Nuevamente el tiempo me impide extenderme en comentarios sobre estas cifras, que son obvias; pero es interesante hacer notar que, a resultas del aumento de los impuestos federales, así como de los fuertes gravámenes locales y estatales, se calcula que alrededor del 25 por ciento del ingreso nacional se pagará en impuestos en el año fiscal de 1943. Además, en su mensaje relativo al presupuesto y pronunciado ante el Congreso el 11 de enero de 1943, el Presidente Roosevelt recomendó que en el año fiscal de 1944, que comenzará el 1o. de julio de 1943, se recaudaran no menos de 16,000 millones adicionales de impuestos y ahorros. En la actualidad el Congreso discute la nueva ley de impuestos, que incuestionablemente contendrá nuevos y mayores gravámenes.

Limitaré mi comentario sobre este particular a señalar que el impuesto sobre la renta se adentra cada vez más en el terreno de los pequeños ingresos, y que esto se considera una sana política tributaria y un esfuerzo para lograr una distribución tan equitativa como sea posible del fardo fiscal.

Con respecto a la forma en que se financia el esfuerzo bélico aparte de la tributación, baste decir aquí que las emisiones de Bonos de Guerra han constituido una de las principales medidas financieras. Desde la iniciación del programa de Bonos de Guerra en 1941, hasta diciembre de 1942, más de 50 millones de norteamericanos compraron 11,500 millones de dólares en Bonos de Guerra. Esta cifra excluye cantidades mucho mayores de Bonos del Gobierno comprados por bancos, compañías de seguros y otros grandes inversionistas individuales y corporativos. En diciembre de 1942 se efectuó una campaña pro Empréstito de la Victoria, que se tradujo en la compra de 13,000 millones de dólares en Bonos del Gobierno por inversionistas asociados e individuales. En este mes se lleva a cabo una campaña semejante. Las estadísticas del Ministerio del Tesoro muestran que las inversiones voluntarias en Bonos de Guerra han superado todos los financiamientos públicos de la historia del mundo, tanto en volumen como en número de participantes.

El control de los precios se ha hecho necesario como medio estabilizador y destinado a impedir la inflación. El total de las partidas de guerra y de las autorizaciones de contratos en los Estados Unidos aumentó de 64,000 millones de dólares a fines de noviembre de 1941, a 206,000 millones en junio de 1942. Habiéndose ampliado los egresos de guerra más rápidamente de lo que subían los impuestos y ahorros, la presión ascensional sobre los precios se vio grandemente aumentada. En mayo de 1942, la Oficina de Administración de

Precios entró en acción a fin de estabilizar los precios de la mayoría de los artículos a los niveles más altos alcanzados en mayo de aquel año. También se ha iniciado una acción para estabilizar las rentas y, con ciertas atenuaciones, los salarios. Los salarios industriales han alcanzado altos niveles de récord. A fines de 1942, el costo de la vida era cerca de un 20 por ciento más alto que en el período de estabilidad virtual que va de 1939 a principios de 1941, y cinco por ciento más elevado que en marzo de 1942. Puede darse por cierto que este aumento hubiera sido substancialmente mayor a no ser por las medidas de control de los precios.

Al principio de la guerra los Estados Unidos comprendieron que sobrevendría una escasez de artículos de consumo --- no sólo de los consumidos en los Estados Unidos, sino también de los abastos que durante muchos años habíamos proporcionado a nuestros amigos de este hemisferio y de otros lugares. En toda evidencia, si había que dedicar necesariamente las materias primas disponibles al esfuerzo bélico, los artículos de consumo tendrían que ser racionados en su mayor parte. Sin embargo, desde el primer momento mi gobierno sentó como principio definido de su acción en lo relativo a los artículos de consumo, que los proporcionaríamos a nuestros amigos de este hemisferio exactamente en la misma medida, ni más ni menos, en que pudiera disponer de ellos nuestro pueblo. Puedo asegurar que este equitativo principio ha sido religiosamente observado.

Es inevitable que en algunas repúblicas americanas ciertos artículos de consumo y ciertos abastos para la industria, obtenidos de ordinario en los Estados Unidos, no puedan encontrarse en la misma proporción que antes; pero puedo

asegurar

asegurar a ustedes que nuestros amigos de las repúblicas americanas disponen de ellos en igual proporción que nuestro pueblo. No necesito decirles que esta guerra tiene por objeto nuestra conservación misma, y que constituye un esfuerzo común. No es necesariamente un esfuerzo igual, porque la naturaleza misma de las cosas hace que el esfuerzo realizado por algunos países y pueblos tenga que ser mayor que el de otros. Sin embargo, los sacrificios que exige una guerra semejante no pueden ser unilaterales, sino compartidos por todas las Naciones Unidas con tanta igualdad como sea posible. En justicia a mi país y a su pueblo, es preciso decir que nuestro anhelo de sostener las economías de nuestros amigos de este hemisferio ha sido tal, que en muchos aspectos se encuentran en mejor situación que nosotros en lo que se refiere a los artículos de consumo.

Por ejemplo, he declarado ya que durante el término de la guerra la creación de nuevas industrias en los Estados Unidos es cosa en la que no hay que pensar siquiera, independientemente de lo favorables que pudieran ser a la economía ordinaria del país. No sólo se encuentran completamente ociosas muchas de nuestras más pequeñas y mejores plantas, sino que todo lo que se refiere a construcción de nuevas fábricas, grandes o pequeñas, excepto para fines bélicos, está fuera de discusión. A este grado ha sido temporalmente suspendida la iniciativa privada, que tan importante es para la vida de cualquier país. Por otra parte, sin entrar en ejemplos específicos, puedo citar a ustedes casos que demuestran cómo, aun en estado de guerra, nos esforzamos por ayudar al desarrollo industrial y agrícola de México y otras repúblicas americanas, en las que ese desarrollo se considera esencial para la economía. Por lo tanto, en debida justicia a la actuación de

los

los Estados Unidos, creo de mi deber decir que, a pesar de todos los sacrificios que nos hemos visto obligados a hacer, y que hacemos, y a pesar de las vastas repercusiones de la guerra en todos los aspectos de nuestra vida, no hemos dejado de pensar en las necesidades de las economías de nuestros amigos, y que les hemos dado un trato igual y justo.

No obstante esta equitativa política de dar un trato igual a nuestros amigos de las demás repúblicas americanas en forma de artículos de consumo --- es decir, el mismo trato que reciben nuestros nacionales en su patria --- persisten aún muchas malas inteligencias entre algunos amigos nuestros. Prevalece todavía el sentimiento de que no les asignamos todos los artículos industriales y de consumo que sería de desear. Incuestionablemente, es cierto que no es posible proveer a todo lo deseado. Pero es igualmente cierto que nuestro pueblo tampoco obtiene lo que necesita. He indicado ya que la importantísima producción agrícola de los Estados Unidos se ve dificultada por la circunstancia de que nuestra industria agrícola no puede conseguir todos los tractores y equipo que necesita. Nuestra producción de grasas y aceites, particularmente en el terreno de su elaboración, se ve obstruída por no disponerse de cierto equipo industrial. La necesidad de destinar el hierro y el acero al esfuerzo bélico ha creado estas serias deficiencias para propósitos ordinarios y, en muchos casos, esenciales. Por lo tanto, confío en que las repúblicas americanas se percatarán de que estamos haciendo lo más que podemos, y realizando todos los esfuerzos para satisfacer sus necesidades, y confío igualmente en que comprenderán que la primera responsabilidad de todos nosotros es dedicar los bienes a ganar la guerra.

Creo

Creo esencial dar un ejemplo para mostrar hasta qué punto son serias esas deficiencias y en qué forma afectan inclusive a los programas bélicos principales. Todo el mundo está familiarizado con la escasez de hule crudo originada por la circunstancia de que las fuentes abastecedoras del Lejano Oriente están perdidas para nosotros por ahora. La necesidad de hule de los Estados Unidos para propósitos bélicos es enorme y debe ser satisfecha. Por otra parte, existen determinadas necesidades en la economía civil que es preciso satisfacer para que vayan adelante ciertos aspectos de la vida, por cuanto forman parte del esfuerzo de producción bélica. Como las existencias de hule crudo son limitadísimas y no puede predecirse la duración de la guerra, ha sido preciso poner en vigor medidas extraordinarias para restringir el uso del caucho y establecer un programa considerable para la producción de caucho sintético.

Completamente aparte de los problemas técnicos y de investigación que implica la producción en cantidad de caucho sintético, es preciso erigir enormes plantas industriales con maquinaria y equipo muy complicados que exigen grandes cantidades de hierro y acero. El programa del caucho sintético representa una demanda tan formidable de hierro y acero para la construcción de maquinaria, equipo y plantas, que se suscitó una grave cuestión acerca de si debería ser totalmente realizado --- pues realizarlo equivale a tomar parte del hierro y del acero necesarios para el programa de barcos y tanques. La decisión, por lo tanto, implicaba no sólo un problema de producción: implicaba altas cuestiones de estrategia del programa bélico. La resolución final fué que, aun cuando hubiera que desviar hierro y acero en cierta medida de la producción de barcos y tanques, tendría que procederse a la

construcción

construcción de plantas para la fabricación de caucho sintético, a fin de que pudieran estar terminadas y funcionando para fines de este año, y algunas para principios de 1944. Se tomó esta decisión, y las fábricas de caucho sintético están siendo rápidamente contruídas.

Lo que he pretendido subrayar al citar este ejemplo, es que cuando algunos hacemos críticas porque no podemos conseguir hierro y acero para tal o cual propósito, debemos comprender que la demanda de estos metales es tan grande que aun en puntos tan capitales como el caucho sintético, los tanques y los barcos, se hacen precisos ciertos reajustes del programa bélico en los casos en que hay que desviar más acero de un programa a otro. En todos estos problemas debemos tener presente que lo esencial por el momento es ganar la guerra, y que todo lo demás debe subordinarse a esto. ¿De qué servirá llevar adelante cualesquier actividades ordinarias de la vida si no ganamos la guerra?

El enorme reajuste de la vida industrial de los Estados Unidos acarreado por las repercusiones de la guerra, ha venido a crear una situación que nos enfrentará con problemas de más difícil solución, y que nuestras repúblicas hermanas sufrirán en forma análoga aunque en medida más reducida. La solución de los problemas de la postguerra en lo que hace al reajuste de la industria, requerirá toda la prudencia y toda la buena voluntad que podamos poner a su servicio. En los Estados Unidos reconocemos esta situación, y comprendemos que la tarea de normalizar la industria y de restablecer y conservar la iniciativa privada en toda su amplitud, es una tarea primordial.

A fin de que puedan ustedes juzgar de la enormidad del esfuerzo de producción desarrollado por los Estados Unidos, mencionaré rápidamente algunas cifras relativas a empréstitos y arrendamientos durante dos años cumplidos el 10. de marzo de 1943. El valor de los empréstitos y arrendamientos agregados en este período de dos años es de 9,632,000,000 de dólares. De esta cifra, 7,831,000,000 fueron destinados a bienes, y 1,801,000,000 a servicios. Sin embargo, estas cifras representan menos del 35 por ciento de la producción de los Estados Unidos durante el mismo período. Es interesante observar que solamente el año pasado enviamos a nuestros aliados 30 de cada 100 bombarderos producidos; 38 de cada 100 aviones de combate; 28 de cada 100 tanques ligeros, y 33 de cada 100 tanques medianos. Desde 1941, el fondo de préstamos y arrendamientos ha sido distribuido como sigue: 46 por ciento al Reino Unido; 19 por ciento a la U.R.S.S.; 16 por ciento al Africa y al Medio Oriente, y 14 por ciento a China, la India, Australia y Nueva Zelandia. Durante el año pasado, más de la mitad del total de préstamos y arrendamientos ha ido a Rusia, y en esos dos años la mayor parte de los aviones de empréstito y arrendamiento se ha despachado a Rusia, Gran Bretaña y Africa, en ese orden, en tanto que se enviaba a Rusia la mitad del total de tanques de empréstito y arrendamiento. Durante los últimos seis meses de 1942, los Estados Unidos enviaron a Rusia, al Reino Unido y a todas las naciones aliadas, en calidad de empréstitos y arrendamientos, más de dos mil millones de libras de víveres, o sea una equivalencia de 16 libras por cada hombre, mujer y niño en los Estados Unidos.

En tanto

En tanto que todos esos productos eran remitidos a nuestros aliados, levantamos y equipamos sólo en los últimos quince meses, un ejército de casi siete millones de hombres, millón y medio de los cuales se encuentran ya en ultramar; duplicamos con exceso las proporciones de nuestra Armada; abrimos un frente en Africa del Norte, y protegemos la línea de aprovisionamientos más larga para las tropas que allá tenemos; finalmente, empeñamos una encarnizada e inexorable campaña de desgaste contra los japoneses en el Pacífico.

De este breve, y quizás por lo mismo temo que insatisfactorio modo, he tratado de poner de manifiesto algunas de las principales repercusiones que ha tenido la guerra sobre la industria y la economía de los Estados Unidos. Después de referirme someramente a la creciente conciencia que tenemos en los Estados Unidos de nuestra responsabilidad y de la de las Naciones Unidas para realizar la paz en los años por venir, he mencionado el forzoso abandono de la iniciativa privada y de la libertad durante la guerra, la gigantesca transferencia de hombres y mujeres de las ocupaciones de tiempo de paz a las fuerzas armadas y a las industrias bélicas; la dislocación de la vida familiar, social y universitaria; los problemas y necesidades inherentes al aumento de la producción agrícola; el racionamiento de los bienes de consumo, los víveres, la gasolina y el combustible; el cierre de las pequeñas plantas industriales; los problemas de transportes por mar, ferrocarril y carreteras; el vertiginoso fardo de la deuda y el financiamiento de ésta por medio de una tributación más pesada y de la venta de bonos y acciones del gobierno; el control de los precios;

el costo

el costo de la vida, y, finalmente, nuestros constantes esfuerzos para proveer de artículos a las naciones amigas sobre la misma base, y en muchos casos sobre una base más generosa que la usada para abastecer a nuestro pueblo. Por ilación o bien por medio de un sumario examen he tratado de poner de relieve algunos de los formidables problemas a que tenemos que hacer frente en la actualidad, y con los que tendremos que enfrentarnos a un grado creciente a resultas de esas repercusiones.

Esos problemas no se limitan a los Estados Unidos. Son problemas que afrontan o afrontarán en various grados todas las naciones en esta primera guerra total y global de la historia. Inglaterra, Rusia, Alemania y otros países fueron los primeros en verse sometidos a estos problemas, y luchan hora tras hora por resolverlos. Los Estados Unidos, por su participación en el conflicto real dos años después de su iniciación, se vieron pronto sumergidos en esos mismos problemas. También México, y otras grandes repúblicas americanas, se enfrentan a ellos a un grado relativamente limitado hasta hoy, pero que crecerá día a día conforme prosiga la guerra.

Afortunadamente, hasta ahora la vida en México ha conservado su curso normal en muchos aspectos. Económicamente hablando, por algunos caminos la guerra ha acarreado beneficios mejor que desventajas. Abrigo la convicción personal de que las amplias y hondas complicaciones de esta gran lucha son cada día mejor comprendidas y apreciadas por la gran masa del pueblo mexicano, y que éste se encuentra preparado para compartir plenamente los sacrificios de la guerra si así fuera necesario. El pueblo mexicano ha dado ya abundantes pruebas de su devoción a nuestra causa común.

Los acontecimientos desarrollados hasta la fecha prueban ampliamente que ésta no es una guerra fácil, y que ninguna solución pronta es inminente. En los meses y en los años por venir, la lucha seguirá adelante, y cuando se alcance la victoria dará principio la batalla de la paz, que en algunos aspectos será todavía más larga y complicada.

Confío en que convendrán ustedes conmigo en que la única forma en que México, los Estados Unidos y todas las Naciones Unidas pueden esperar un resultado favorable de la guerra, y de la paz también, es haciendo frente a los respectivos problemas con que todos nos vemos confrontados, con un espíritu de cálida cooperación, comprensión mutua y esfuerzo conjunto en una escala sin precedentes en la historia. Solamente a través de un esfuerzo común y una comprensión semejantes será posible combatir con éxito las repercusiones de la guerra, vencerlas y encauzarlas para moldear una paz equitativa y duradera.